



Piratas

Min obsesión peterpánica por no crecer ha hecho que se encuentren instalados de forma permanente en mi imaginario los piratas de la edad clásica. Esos de barba descuidada, puñal entre los dientes, parche en el ojo y pierna de madera que aparecen en *Treasure Island* (*La isla del tesoro*) de Robert Louis Stevenson y que dibujantes norteamericanos como Howard Pyle o Newell Convers Wyeth dejaron fijados para siempre en sus prodigiosas ilustraciones. Porque piratas los hubo siempre, desde que existe la navegación. Pero los verdaderos son los que infestaron las aguas del Caribe a lo largo de los siglos XVII y XVIII, unos bribones míticos que atendían también al nombre de *filibusteros* (del neerlandés *vrijbouter*, o sea, "aquel que persigue botín por libre") e incluso al de *bucaneros* (por el *bucán* o carne de puerco conservada en salazón, su alimento característico) y que instalaron su cuartel general en la célebre isla de la Tortuga, en cuyos fondeaderos se alineaban sus marineras y ágiles naves, todas ellas con la bandera negra de la calavera y las tibias cruzadas —esa siniestra y entrañable enseña, llamada *Jolly Roger*— ondeando en lo alto del palo mayor.

He coleccionado desde siempre, y de modo compulsivo, libros sobre piratas, que se alinean en varias estanterías de mi biblioteca junto a figuritas de bucaneros de diferentes tamaños y texturas que he ido comprando por ahí, para que custodien los libros. Responden a la iconografía tradicional: sables desenvainados, pistolas al cinto, loros posados sobre el hombro. Un navío pirata atesora cuanto un niño —un *puer aeternus* como el que suscribe— puede desear. Henry James le dijo a Stevenson que no comprendía por qué hablaba de barcos piratas y tesoros ocultos en *Treasure Island*, que él jamás se había interesado por esos temas, ni siquiera en su niñez. Stevenson respondió diciendo que James era un prodigio de la naturaleza, pues había llegado a la edad adulta sin pasar por la infancia, ya que no puede haber ningún niño en el mundo que no haya soñado con barcos piratas y tesoros ocultos alguna vez.

Los piratas clásicos empezaron a fascinarme desde el origen de los tiempos. Los imaginé a partir de los cromos que poblaban un álbum rotulado Piratas que coleccioné y completé *in illo tempore*. No puedo olvidarme tampoco de un barco pirata que comercializaron a finales de los años 50 del siglo pasado, con su aguerrida tripulación de muñecos de goma, y que me trajeron los Reyes Magos en una Epifanía inolvidable. Ni de películas como *El temible burlón* de Robert Siodmak (con Burt Lancaster), que acibilló de multicolores fotogramas pi-




ráticos mi infancia, quedándose a vivir para siempre en la sentina del más grato recuerdo. Ni de tebeos como *El Cachorro*, del gran Irazo, con el bravo Miguel y su fiel Batán como protagonistas, y arquetipos del filibusterismo como Baco, Morgan o el Olonés en los papeles, siempre agradecidos, de malos de la saga. Ni de *La isla del tesoro* (1883, serializada en 1881-1882 en la revista juvenil *Young Folks*), la inmortal novela de Stevenson, de la que acaban de salir dos ediciones que me gustaría mencionar.

Ahora tenemos una nueva traducción al español de *Treasure Island* que no podría calificarse más que con adjetivos como "extraordinaria", "única", "definitiva". El culpable se llama Pollux Hernández y ha llevado a cabo una tarea de una pulcritud académica y una exquisitez literaria imperecederas. La publica le editorial Reino de Cordelia, acompañada de un montón de maravillosas ilustraciones a cargo de José María

Gallego, que redondea una faena perdurable. Un libro que no debe faltar en ninguna biblioteca que se precie de serlo, pues representa un esfuerzo titánico para ofrecer una nueva versión de *La isla del tesoro* que supera a las anteriores y unas ilustraciones de la novela que, junto a las dibujadas por Junceda en una vieja edición de Seix Barral de hace casi cien años, representan una de la máximas aportaciones españolas al universo pirático stevensoniano. Un universo iconográfico que fue objeto, por cierto, hace un par de años de una preciosa monografía *ad hoc*, rotulada *La isla del tesoro*, estudio gráfico y literario sobre la obra maestra de Robert Louis Stevenson (Madrid, Huerga & Fierro y Asociación Cultural Graphicclassic, diciembre de 2014). También acaba de aparecer en librerías la enésima reedición de la clásica traducción de *Treasure Island* a cargo de José Torroba, publicada por primera vez en 1920. La

mítica y prestigiosa Austral, que tuvo sus orígenes en la no menos mitológica colección Universal de Calpe, se abre ahora a nuevas perspectivas editoriales con la creación de una serie, Austral Intrépida, donde han visto la luz, en bonitas ediciones en tapa dura, títulos como la *Alicia* de Carroll, el *Tom Sawyer* de Twain o *El Libro de la Selva* de Kipling, junto a esta *Isla del tesoro*. Ni son

ni serán suficientes, sin duda, las ediciones de clásicos como estos, que constituyen un alimento imprescindible para todo tipo de lectores, y cuyas páginas arrebatadoras nunca defraudan. Bienvenida, pues, sea esta nueva reimpression de la vieja versión de Torroba a los escaparates de las librerías españolas, y Dios bendiga a los piratas clásicos, que tantas horas de imborrable lectura nos han regalado. 

No puede haber ningún niño en el mundo, defendió Robert Louis Stevenson ante Henry James, que no haya soñado alguna vez con barcos piratas y tesoros ocultos